

"LA CONSOLIDADORA"

Por Antonio IGUAL UBEDA

Esta vez no se trata de un personaje de carne y hueso, aunque el de sangre y agua, más ocultas bajo el dulce sonrisa del Sr. "La Consolidadora" es el nombre de un establecimiento de compra-venta que en lenguaje vulgar toma el nombre de prendería o "casa de empeños"; y no es, en verdad, poco el villano de que, metafóricamente, están empapadas las prendas que hasta allí son conducidas por la necesidad y la miseria. Pues, bien, el insigne don Eduardo Escalante describe en "La Consolidadora" — casa de empeños y préstamos — con su acostumbrada genialidad epigramática y burlesca, sentimental y punzante, sin lagrimas, pero con mucha sal y hasta con su grano de pimienta, lo que era una prendería en la Valencia de fines del

sabe exponer estos trazos de un sentimiento humano, es verdaderamente magistral; pero a todos sus valores literarios hay que añadir otro que pudiéramos llamar histórico, el cual nos sirve de curiosa documentación, por contraste, con el medio económico de aquellos tiempos separados de los nuestros por cerca de setenta años. En la his-

toria anecdótica — tan amplia, tan "tristemente famosa" — de las prederías, hay dos objetos que son, indudablemente, los más traídos y llevados a la casa de empeños: la prenda de abrigo y el colchón. Las gentes de una raza tan sobria como la nuestra pueden dormir en el suelo cuando les acucia alguna necesidad; no obstante, nuestro insigne sai-

netero no quiso complicar la acción de su obra con ningún colchón. En cuanto a las prendas de abrigo, lo castizo era empuñarlas para ir a los toros, porque entonces hace calor y el próximo invierno aún está lejos; pero también se pueden empuñar por otras causas, y una de ellas es la que se expone en este sainete.



siglo pasado, hacia 1888 en que fué estrenado el sainete. El escenario es bien escueto: una casa de una calle cualquiera, una habitación empapelada con flores, un armerío grande y un mostrador con hatillos de ropa usada; y el prederero, Casimiro, con pocos pelos en la lengua y muchos en el corazón. El mismo piensa, a veces, que su casa es como un teatro donde ocurren a cada momento escenas cómicas, aunque también dramáticas; entonces todos atribuyen el papel de traidor al pobre Casimiro, "si es cosa que em sap mal".

Efectivamente, en unos minutos pasan por aquella habitación unas cuantas personas, cada una de las cuales va "a lo suyo", aunque un hado jocoso y trivial se complace en enredarlas a todas con sus artemaños. El nudo de la trama reside en doña Carmen, cierta señora cursi que pretende hallar "un buen partido" para su sobrina Filomena. A este fin embauca a Federico y a Estanislao, haciéndolos creer, por separado, en la mutua rivalidad. Un día concertaron doña Carmen y Filomena "ir de fonda" con Estanislao, y acudieron a la prendería para adquirir algún traje elegante con el pretexto de que la modista no les habla llevada a tiempo el vestido de color "verde anís". El prederero, que ya las conocía porque una vez le empuñaron una colorra viva, les ofrece, para que ellas, dos elegantes trajes, de color de "guala trista" el uno, y de "loruga pálida" el otro, que pertenecieron a una tiple famosa. "La Castañón", regalo de un lord inglés; ahora se los había pedido con insistencia a Casimiro la marquesa de Chullilla; pero el predería vender cualquiera de ambos a su clientela doña Carmen por el módico precio de 85 pesetas. Lo verdad es que luego de mucho regateo se cerró el trato por cuatro duros, y que el prederero obtendría con ello una ganancia nada despreciable.

Paralelas transacciones propone al espectador en aquel pitoresco ambiente de la mente y de las pinceladas, que son como síntesis de vidas enteras y diferentes que se cruzan en unos segundos. La habilidad con que Escalante

No creo sea necesario recordar el atractivo que, durante siglos, tuvo para grandes sectores del mundo intelectual europeo la obra y la ideología de Ramón Llull. Desde la segunda mitad del XIV hasta los comienzos del XVII, no le faltaron al

Doctor Iluminado discípulos, pagnegristas, críticos ni contradicadores, por toda la geografía occidental. El «Arte» llulliano trataba de satisfacer una ilusión humana permanente: la de conseguir la explicación racional de los enormes misterios físicos y metafísicos, y fueron muchos los filósofos que tomaron pie en la asombrosa cimbreción de Llull para apaciguar la insaciable exigencia de su espíritu.

Hoy, desde luego, no se encontraría un filósofo que se enfrentara con el beato mañorquina a la manera con que lo hizo Leibniz en su tiempo. Pero, en cambio, los libros de Ramón Llull, tomados ya como mera literatura, nos descubren un tesoro inagotable de encantos intelectuales. Llull fue un escritor genial, y eso es lo que cuenta ahora.

Desgraciadamente, el esfuerzo de publicar, en su totalidad, la ingente producción llulliana está por cumplir. Y añadamos a esto el hecho de que las ediciones existentes, o son difíciles de hallar, o son textos críticos, alejados siempre al lector normal y curioso. De ahí que tenga un excepcional interés la tarea emprendida por Editorial Selecta, de darnos en dos volúmenes las «Obras esenciales de Ramón Llull», cuyo primer fascículo acaba de aparecer (Barcelona, 1957). Diez libros del venerable Barbañero, y una selección de sus poesías, comprenderá esta publicación. El cuidado del original, su comentario y anotación, corre a cargo de eminentes especialistas: M. Arbona, S. J.; M. Batllori, S. J.; P. Bohlgas, A. Calmarí, pbro.; J. y T. Carreras Artau; A. Comas; S. García, pbro.; J. Pons; L. Ribber, pbro.; J. Romeu; J. Rubió; A. Saacho, pbro.; Rosalía Gulleumas. Y su prólogo está constituido por más de cien apretadas páginas, con textos del padre Batllori, los hermanos Carreras Artau y Jordi Rubió.

Estos nombres lo dicen todo acerca de la categoría y el alcance que tendrán las «Obras esenciales» de la Selecta. Mi intención, ahora, es dar noticia de ellas, y subrayar el especial interés que para los valencianos poseen. De una parte, claro está, el interés genérico, sustantivo,

Sobre la tradición lulista de Valencia

Por J. FUSTER



RAMON LLULL (1232? - 1315) Detalle de una miniatura del "Breviculus ex Arte Remondi lectum", de la Biblioteca de Kalsruhe. - Clisé de la Biblioteca Central.

que corresponde a la magnitud intelectual del autor del «Libro de Amic e Amats». Después, por lo que supone de momento literario de nuestro idioma. Sabido es, aunque es para nosotros un orgullo el repetirlo, que fue en nuestra lengua, y por la pluma de Ramón Llull, que la filosofía rompió a hablar en romance. Y si este rasgo de pionera no fuera suficiente, está la dimensión lingüística, universal, de los escritos llullianos. Pero, junto a todo ello, y ya particularmente como valenciano, nos ha de llevar a Llull el recuerdo de una enorme tradición de fidelidad que perduró durante siglos en nuestra tierra hacia la obra del mallorquín. Precisamente, en el capítulo «El lulismo», que Joaquín Carreras Artau escribe para el prólogo de las «Obras esenciales», podemos apreciar el empeño de nuestros paisanos en el estudio de Llull y los madrugadores que fueron en propagarle y profesarlo.

No será ocioso dar una síntesis del lulismo valenciano. Ya entre 1335 y 1338, sólo veinte años después de muerto el Beato, aparecieron en Valencia unos cuantos opúsculos, redactados probablemente por sus discípulos, que durante siglos han pasado por obra auténtica de Ramón. En la segunda mitad del XIV, el franciscano Ferrer Mossell fundó en Alcoy la primera escuela luliana, con un privilegio de Juan I, y un valenciano, Francesc de Lleria, en 1392, da albergue a su palacio barcelo-

nes a la escuela de la Ciudad Condal. Aquí, a Valencia, nacieron durante el XV algunos lulistas italianos a aprender, y el autor de «Tirano Invenida» en su libro extensos fragmentos de Llull. También entre nosotros tomó pálpulo la rabia antillulliana del inquisidor Eymeric — que tampoco se había detenido, en sus persecuciones, ante su hermano de orden San Vicente Ferrer —, y no fueron los valencianos los últimos en oponerse y en luchar contra el censor dominico. Ya a principios del XVI, los lulistas de Valencia publicaron el «Blanquerna», y están en relación con el grupo de Alcalá que inspiraba el cardenal Cisneros. Y todavía en el siglo XVIII es un valenciano, el padre Lluís de Flaules, capuchino, quien, con otros castellanos, catalanos y mallorquines, polemizan con el padre Jerónimo Peláez en defensa del Iluminado.

Desde entonces, el lulismo valenciano carece de vida y de perspectivas. Y es una lastima. Naturalmente, me refiero al único lulismo que, a partir de aquellos fechas, es posible: el lulismo no filosófico, no doctrinal, sino erudito y literario. Ojalá la llegada de las «Obras esenciales» sea acogida por los lectores valencianos con la atención que merece, tanto por lo que en sí significan como por una genealogía lulista que honra a nuestro país. Los beneficiarios serían admirables, y nos daría la impresión de que algo que nos fue útil y vivo vuelve de nuevo a nuestra conciencia y a nuestro gusto.

prendería, y cada caso va acompañado de breve argumento. He aquí una clásica prenda de abrigo, la airosa capa de nuestros abuelos, tan sencilla y tan elegante. Lo de menos, entonces, era la cantidad de paños azul o negro, o pardo, que entraba en aquella circunferencia de más de dos metros de diámetro; luego, venía el aditamento de la esclavina, la trencilla de seda, incluso los bordados, y las vueltas, verdes o rojas, de peluche o de terciopelo, que eran como brochazos de color para alegrar la severidad del conjunto. Uno de los pretendientes de Filomena, Estanislao, acude a empuñar su capa y refiere de ella que le costó treinta duros y que espera obtener lo menos doce; pero Casimiro, que descubre en la prenda muchas arañas, zurdidos, rozaduras y algún que otro "socarim" del cigarro, le ofrece sólo tres pesetas. De ahí la desesparación del mancebo. Bien proyectado invitar a doña Carmen y Filomena a la "fonda de París", donde servían unos magníficos cubiertos "de auro", con jamagone incluido, y luego al teatro; pero sus ilusiones han de verse reducidas al mínimo; no podrá llevarlas a la "fonda de París", ni siquiera a "la Morellana", ni a "la Cenita", ni a la taberna "del carrer de la Sareteta", ni a "Ca la Ramona"; si acaso a la huerta, con una sencilla visita al "Horn de Fiquetes". No es menor el desengaño del rival de Estanislao, Federico, el cual entra en "La Consolidadora" ocultando bajo su chistera unos raídos pantalones que le hizo el famoso sastrer Coquilhat muchos años atrás; afirma que le costaron cincuenta pesetas, y le pide a Casimiro tres duros, pero éste no transige en darle más de "cinc quinets". Para concluir el censo de prederías de la prendería hermanas de mencionada a un tal l'ope, que entra en ella preguntando con la mayor buena fe: "Acl'er on donen diners?" La frase es felicísima, aguda y sangrante, como tantas otras del gran sainetero, y en ella el personaje que la pronuncia, meramente episódico, se halla retratado de cuerpo entero; porque su terrible suena: "un cocodrilo que es menja als homens saners", le había exigido el casamiento con su hija luego de diecisiete años de noviazgo, y él necesitaba cincuenta duros para su equipo de boda. ¡Joh temporal! Finalmente, aparece la flamencota "Malena"; su marido es un "pastor" mallorquín, y ella, enviada por el juego del "burro", acude a empuñar una pistola, por la que el señor Casimiro le entrega nada menos que nueve pesetas, no porque la prenda lo valga, sino porque la juncal "Malena" le tiene robado el corazón y le inspira tiernos arrebatos, como "cos preciosos", "recicateras" y "saltero punxats".

La mujer del "pastor" es un auténtico huracán con falladas que, en una movida escenas, los desenmascara a todos. Resulta que doña Carmen es "cosetera", que Federico es "el fill del cotxer de la fàbrica de seda", que Estanislao no gana en su oficina más que "set quinzets peïats". Todo se viene abajo y se deshace: la boda de Filomena, el empeño de los pantalones y de la capota, la venta del traje color de "guala trista" o de "loruga pálida"... El prederero se desahoga porque todas las transacciones de aquel día se han reducido a las nueve pesetas que, habiéndole le ha sonstacado "Malena". No, no, lo está fresco: mujer deja de cantarle las verdades a Casimiro, al decir:

"El acó es La Consolidadora? Vaja una conclosió! ¡Jija la consolidadora! ¿dogonelos a tot!"

Como contrasto, Escalante pone en boca de Casimiro unas escueltas frases que definen con tan sagaz aparente, aunque con sutil precisión, la eterna paradoja del avaro:

"Un p' ahistista donde es el animal maior i el fanóneno mes gran que Déu pot tirar al mon."

Malloquines y valencianos en 'pan de comparsas'

(Viene de la primera página) de «La novela de Palmiras», en la que tampoco se respetaron las formas dialectales que el autor había querido dejar intactas en la forma dialogada. El criterio seguido, en uno y otro libro, más que rigorista, quedó un desorientado. Y el autor, cansado y molesto, tradujo la parte del libro que llevaba escrita y lo terminó en castellano. Eso es, efectivamente, uno de los resultados que consiguen los puristas intransigentes de un idioma catalán fabricado en Barcelona y sobre el que no tienen voz ni voto las provincias... Bien es verdad que no trata sólo de reseñaciones a cargo de malloquines. Y los valencianos?... Bien. Gracias...